

das por la sangre de un Dios Salvador. Pero, sobre todo, reflexionemos como ha de acabar para nosotros esta funesta indiferencia. ¡ Ah! ya los sabeis, acaba con la pérdida de nuestras almas por toda una eternidad. Cuéntase, que yendo el príncipe Lesimaco á combatir contra los Tracios, fué sitiado con su ejército en un elevado monte. Rendido por la sed, se vió en la necesidad de entregarse.

Se le dió un vaso de agua que bebió con avidez. Despues de haberla bebido, y mirando la copa vacía, exhaló un profundo suspiro, diciendo : « ¿ Qué he hecho, dioses inmortales ! » ¡ Un reinado por un vaso de agua !... » Y empezó á llorar amargamente...<sup>1</sup> ¡ Ah, pobres pecadores ! así llorarémos nosotros tambien un día, al ver el poco aprecio que hacemos de nuestras almas, y la nada de las cosas, por las cuales sacrificamos nuestra salvación... ¡ Qué he hecho ! dirémos tambien nosotros ; he perdido el cielo y la dicha eterna por un asqueroso y momentáneo placer ; he perdido mi alma tan preciosa y amada, por conseguir bienes fugaces, que sólo eran lodo que la ensuciaban. Pensemos, pues, en é llo ahora que tenemos tiempo, porque luego nuestras lágrimas serán vanas y estéril nuestro sentimiento !...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, un día san Agustin, considerando la bondad y misericordia de Dios, recordando con que inefable amor Jesucristo había librado su alma del pecado, exclamaba en medio de los transportes de alegría y reconocimiento : « ! Oh alma mía, tu que gozas de una noble semejanza con Dios, tú que has sido rescatada por la sangre del Salvador, tu que por la fé has llegado á ser su esposa y has recibido por dote al Espíritu santo ; ¡ oh pobre alma, á la cual quisiera Él ver adornada de todas las virtudes, tu á quien quiere colocar al lado de los ángeles, ama al ménos á Aquel, que te da tantas pruebas de amor ; piensa en Aquel, que solo piensa en tí, y busca á Aquel, que te ha buscado á costa de tantos trabajos<sup>2</sup> ! » Admirables sentimientos !...

1. San Leonardo de Puerto-Mauricio, *Sobre el Paraíso*.  
2. Manuel, t. XXII, p. 657, édic. Vivés.

¡ Qué dichosos seríamos, hermanos míos, si pudiésemos nosotros albergarlos en nuestro corazón ! É llos encierran lo que espera de nosotros nuestro buen Pastor : *Conozco á mis ovejas, dice, y mis ovejas me conocen, y escuchan mi voz.* ¡ Sublime y conmovedora comparación ! Habreis visto algunas veces corderos robados á una madre demasiado jóven y débil para criarlos ; una aldeana inteligente los ha criado con sin igual ternura ; observad como la siguen, la conocen y escuchan su voz ; oid sus balidos cuando é lla se ha separado de é llos. Así deberíamos ser nosotros con respecto á nuestro divino Pastor. ¡ Pero cómo ! un animal, un inocente cordero será mas agradecido que nosotros mismos ! ¡ O buen Pastor, que no solamente nos habeis criado con vuestra mano, sino que sois nuestro alimento por medio de la santa Comunión !... ¡ O admirable Pastor, que nos buscáis con sin igual amor, cuando nos hemos extraviado y habeis dado vuestra vida para arrancarnos de las garras de los lobos del infierno, os suplicamos, nos concedais la gracia de conocer bien vuestra voz ; de recordarnos á qué precio de dolores y sacrificios nos habeis rescatado ; de permanecer siempre en vuestro redil, de seguiros, amaros y bendeciros hoy, mañana y siempre... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, XVI, 16-22.)

### Vanidad de las alegrías del mundo comparadas con las alegrías del cristiano.

TEXTO. *Mundus autem gaudebit ; vos autem contraburghimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.* El mundo ménos repara, y vosotros estaréis tristes, pero vuestra llos con ardo rnará en gozo.

Exordio. « En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos : Un poquito, y no me veréis; y otra vez un poquito, y me veréis, porque me voy al Padre. Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos á otros : ¿ Qué es esto que nos dice : Un poquito, y no me veréis ; y otra vez un poquito, y me veréis, porque me voy al Padre ? Decían pues : ¿ Qué es esto que dice : Un poquito ?... No entendemos lo que habla.

Y conoció Jesús que le querían preguntar, y dijoles : ¿ Disputais entre vosotros sobre esto que dije : Un poquito, y no me veréis ; y otra vez, un poquito, y me veréis ?

En verdad, en verdad os digo : Vosotros lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará ; y vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se tornará en gozo. La mujer, cuando va de parto, está triste, porque viene su hora ; mas despues que ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Tambien, pues, vosotros ahora estais tristes ; mas otra vez os veré, y se gozará vuestro corazon, y nadie os quitará vuestro gozo. »

Tal es, hermanos míos, el relato evangélico de este día. Jesucristo acababa de instituir el sacramento de la Eucaristía, pronunciando estas palabras el jueves por la tarde, es decir, pocas horas antes de comenzar su Pasion. Su tierno amor para con sus Apóstoles quería fortificarlos anticipadamente contra las pruebas, que su fé tendría que experimentar durante la Pasion. « Dentro de poco, no me veréis, voy á morir ; permaneceré dos días en el sepulcro, y poco tiempo despues, me volveréis á ver ; resucitaré al tercer día ». Ya sabemos, hermanos míos, como Él cumplió su palabra...

Entristecidos los Apóstoles por las predicciones, que les había hecho nuestro divino Salvador en la Cena y en el discurso que les dirigió, desconsolados asimismo por la traición de Judas, y los sufrimientos que iba á padecer su buen Maestro, no se atrevían á interrogarle... Jesús conociendo sus pensamientos y queriendo instruirlos les dijo : « Sí, vosotros lloraréis y el mundo se alegrará, pero consolaos, porque la alegría del mundo pasará, pero

vuestra tristeza se cambiará en una alegría eterna, y que nadie os podrá arrebatár. »

PROPOSICIÓN. Me propongo, hermanos míos, deciros esta mañana la diferencia que existe entre las alegrías mundanas, y aquellas que aguardan los verdaderos discípulos de Jesucristo.

DIVISIÓN. Os demostraré *en primer lugar* : la vanidad de las alegrías mundanas; y *en segundo lugar* : examinaremos la solidez de aquellas que están reservadas al alma cristiana.

*Primera parte.* Vanidad de las alegrías mundanas. No entiendo bajo este nombre, hermanos míos, los placeres legítimos y permitidos, por los cuales Dios no se ofende. No, estos no los prohíbe Jesucristo, porque es bueno, conoce la pobre naturaleza humana y sabe que ésta necesita tambien algunas veces de expansion y recreo... Por alegrías mundanas quiero designar sobre todo esa excesiva disipación, esos placeres prohibidos, y esa alegría puramente humana, buscada léjos de Dios, y muchas veces contra su voluntad... Varios ejemplos os harán comprender bien mi pensamiento. Un ladron se regocija con el éxito de su latrocinio, y cuanto más considerable ha sido el robo, más se felicita aquel. — Hombres honrados que me escuchais, decidme, ¿ acaso envidiais semejante alegría?... De ningun modo. — Una esposa infame, esclava de sus pasiones, se felicita de haber engañado á su marido, violando juramentos sagrados ! — Decidme, mujeres castas y piadosas, ¿ no os inspira horror y repulsión la indigna conducta y alegría de esa miserable ? Supongamos que sea un ambicioso, lleno de orgullo, y que se alegre de haber conseguido sus fines por medio de calumniosas denuncias !... Le vereis felicitarse á sí mismo y regocijarse de sus manejos infernales, que tienen por origen la mentira, la injusticia, el odio... ¿ Os gustan semejantes alegrías ? No, mil veces, no ; sois demasiado honrados, para poner vuestro gozo en cosas tan malas.

Amados hermanos míos, hay otras alegrías, que sin duda son menos criminales en sus principios, y que sin embargo nos alejan igualmente de Dios ; estas tales nos inspiran ménos repugnancia... ¿ Qué digo?... Muchas veces las anhelamos con ardor y para con-

seguirlas sacrificaríamos la salvación eterna de nuestra alma. Jóvenes de nuestros días, os parece que vuestra vida sería demasiado triste y como envuelta en un manto de luto, si no os fuese permitido frecuentar ciertas reuniones, y acudir á ciertas juntas, en donde se aprende de todo, ménos lecciones de virtud...

Todos nosotros miramos con cierta envidia aquellos, que, dotados de más bienes de fortuna que nosotros, pueden satisfacer todos sus deseos y gozar de todo aquello, que consideramos placentero... Casas elegantísimas, alimento exquisito, frecuentes banquetes, vestidos magníficos y repetidos festines ! Estas son, segun creo, las alegrías mundanas, alegrías que, al primer aspecto, parecen ser legítimas y apetecibles. Veamos pues, hermanos míos, cuán vanas son éstas... Jóvenes mundanas, que frecuentais esas juntas peligrosas y os entregais á tan locas diversiones, ¿decidnos, si teneis en vuestro corazón un resto de fé, ¿qué fruto habeis obtenido de toda esa conducta licenciosa ? ¡ Ah ya, lo adivino, la tristeza, la envidia y muchas veces la vergüenza y el remordimiento ! Y á eso llamais placeres y alegrías !...

Si dispusiese de tiempo, amados cristianos, haríamos un detenido exámen de todo lo que el mundo llama placer y alegría, y os convenceríais de su falsedad. Escuchad un ejemplo. Salomon, el hijo de David, estaba al frente de un reino floreciente. Era sabio, poderoso y considerado. Los príncipes de los Estados vecinos iban á visitarle con el solo objeto de admirar su sabiduría. Su numerosa flota iba á los mares del Oriente, y regresaba cargada de oro y pedrería. Su palacio era soberbio, y su servidumbre componíase de millares de hombres, los cuales obedecían humildemente su menor orden. Su corazón iba sumergiéndose en el mar de los placeres de todo género... Dínos, pues, ¡ oh hijo de David, príncipe sabio y dichoso, tú, que has gozado de los placeres mundanos, y saboreado los deleites de la tierra; tú, que puedes hablar con autoridad y por experiencia propia ¿qué son y qué valen todas las delicias terrenas ? ¿ Vedle, hermanos míos, con los labios amargados, despues de haber apurado hasta la última hez la copa de los placeres; ¿ qué vá a contestarnos ? Escu-

chémosle. — « Si, responde, yo me habia dicho á mí mismo: iré, nadaré en todas las delicias y gozaré de todos los bienes !... Pero he reconocido la falsedad de ello, y he dicho á la risa y á la alegría: ¿ Porque me habeis engañado <sup>1</sup>? Vanidad de vanidades; todo es vanidad. » Excepto amar y servir á Dios.

Sí, hermanos míos, durante la vida, y hasta cuando se experimentan en toda su plenitud, y en todo aquello que tienen de más embriagador las alegrías del mundo, éstas son nada, y siempre dejan grabado en el alma un sentimiento de tristeza y decepción. « Yo lo he sido todo, decía un emperador, que de simple soldado habia llegado al trono <sup>2</sup>, y veo que todo es bien poca cosa !... » Y es que nuestra alma tiene otro destino más noble; por lo cual todas las alegrías del mundo no llenan, ni satisfacen sus altas aspiraciones.

Pero, para comprender mejor todavía la vanidad de las riquezas, honores, placeres, en una palabra, de todo lo que pueda llamarse *alegrías* mundanas, consideremos, que estamos en el momento de la muerte. Ved á ese rico, del cual habla nuestra Señor en el Evangelio; sus bienes se han aumentado, y ha hecho multiplicar sus graneros, hasta el punto, que le es imposible almacenar las numerosas medidas de trigo, que cosecha. El oro se amontona en sus cofres !... ¡ Ah, es dichoso, porque ha conseguido su ideal, es decir, ser rico !... « Goza, alma mía, dice, saborea las alegrías y placeres, que proporciona una gran fortuna. » — « Insensato, dice Jesús, no hables así, esta misma noche van á pedirte el alma ! » Y, en efecto, entremos en su aposento; vedle acostado sobre un lecho suntuoso, presa de los más agudos sufrimientos, todo está triste á su lado; y nadie se atreve á dirigirle la palabra. Sufre... — ¡ Pero cómo! sufre ? ¿ No ha aumentado su fortuna y multiplicado sus graneros ? ¿ no se ha dicho á sí mismo : « Goza, alma mía de todos estos bienes ? Y á pesar de sus riquezas y fortuna, sufre, no gozará de estos placeres, que él se habia pro-

1. *Dixi ego in corde meo: Vadam, et affluam deliciis, et fruar bonis. Et vidi quod hoc quoque esset vanitas.* (Ecli., II, 1.)

2. Septimio Severo.

metido. Insensato! esta noche van á reclamarle el alma!<sup>1</sup>... ¡ Oh, si las alegrías de este mundo son poca cosa en sí mismas, es sobre todo en presencia de la muerte, cuando aparece su nada...

*Segunda parte.* Veamos ahora cuanto más sólidas y verdaderas son las alegrías y consuelos del alma fiel. « El mundo se alegrará, dice Jesucristo á sus Apóstoles, y vosotros estaréis sumidos en la tristeza, pero esta tristeza se trocará en alegría; yo os veré, y se gozará vuestro corazon, y nadie os quitará vuestra alegría. » ¡ Oh, adorable Jesús, cuán verdaderas son estas palabras, como todas las que habeis pronunciado!... Sí, la única dicha consiste en amaros y servirlos; las verdaderas alegrías de la tierra, (si es que existen algunas), pertenecen á vuestros fieles servidores... Muchas veces, hermanos míos, y observad que esto es una de las péfidas astucias del demonio, muchas veces, repito, se representa la piedad y la virtud como una dueña austera y triste, que no ofrece sino disgustos, y prohíbe á aquellos que la siguen hasta el menor gusto. Amable y bondadoso Jesús, tan compasivo para los que os buscan, y tan misericordioso para aquellos que os invocan, Jesús delicias incomprensibles de los que os han encontrado<sup>2</sup>, ¿ seríais realmente un Dios tan severo, mandando á vuestros servidores, que estuviesen siempre sumidos en lágrimas y tristeza, prohibiéndoles hasta los placeres y alegrías más inocentes?...

« No, no, decía un santo<sup>3</sup>, derribad á este ídolo, no está allí mi Jesús, y los que así le representan, no le conocen!... »

No hay duda que los bienes, la dicha y las alegrías, que Dios nos promete, son sobre todo las alegrías eternas del cielo. Pero, así como al segador se le da el alimento, antes de pagarle su salario; así como el militar cobra su sueldo, antes de recibir la cruz de honor, ó la pensión ganada por su valor, así proporciona Jesucristo en este mundo á los que le sirven alegrías y placeres

1. LUC, XII, 20.

2. PS. LXXXV, 5, y el himno de San Bernardo sobre el dulce nombre de Jesús.

3. San Leonardo de Puerto-Mauricio, Cf. *Sermon sobre las consolaciones de la vida devota.*

reales, precursores de los imperecederas delicias del Paraíso.

Aquí podría citaros, hermanos míos, toda la *Vida de los santos*; os referiré de élla algunos trozos, y despues volverémos á hacer un exámen de nosotros mismos. Ved á ese anciano dentro de una cueva, sentado sobre una roca: Es san Pablo, primer ermitaño, cuenta ya ciento y veinte años de edad. Su vestido se compone de una túnica tegida de hojas de palmera. Apaga su sed con el agua, que sale de la roca, y cada día la Providencia le manda medio pan por un cuervo!... Considerad con qué dicha y agradecimiento recibe este beneficio; su corazon rebosa de alegría, y en aquella caverna experimenta incomparables placeres y delicias. San Antonio, que fué testigo de éllo, no se cansaba de admirarle. Dirijamos la vista á otro lado, y fijémonos en un famoso príncipe llamado Alejandro Magno. Este ha conquistado un inmenso imperio; sus estandartes han alcanzado siempre la victoria, pero la ambición le devora, y á pesar de todos sus éxitos, y de toda su dicha, llora enfurecido, al saber que existen otros mundos, que no puede conquistar!... Decidme, amados cristianos, ¿ quién os parece más dichoso el insaciable conquistador ó el pobre solitario? El viejo ermitano; ¿ No es verdad?

Ved á san Luis, uno de los mas grandes reyes, que han llevado la corona de Francia, modelo de los príncipes cristianos: su fé, su piedad no le privó de ninguna empresa gloriosa, ni de ninguno de los placeres y glorias, que la religión permite!... ¡ Gloria imperecedera, placeres que nunca desaparecerán, éxitos que durarán toda una eternidad! No cabe duda, que se vió obligado á resistir á sus pasiones y á combatir las sugestiones de la ambición. Estos son, sobre todo, los combates que nuestro Señor Jesucristo califica de *tristeza*. Todos los santos, todas las almas piadosas conocen estas luchas; pero segun su divina palabra, esta tristeza se cambia en la más dulce alegría, que pueda experimentarse en este mundo; alegría, que durará, por toda una eternidad. *Et gaudium vestrum nemo tollet a vobis...*

Madres cristianas que me escuchais, el mismo Jesucristo ha querido dar una explicación que, estoy seguro, comprenderá

vuestro corazón. Según Él, á los cristianos en la tierra, les pasa como á la madre en los dolores del parto ; pero, dice, estos sufrimientos son breves, y el gozo que los sigue luego, ese gozo de haber dado á luz un niño, que despues se besa y estrecha sobre el corazón, ¡ ah ese gozo, repito, no es pasajero, sino que por el contrario nunca desaparece, muriendo con nosotros mismos. Asi pasa con los esfuerzos que hay que hacer para vencer las pasiones y permanecer fieles á Jesucristo. Cuesta el hacerlos, es cierto, pero son sacrificios momentáneos que luego nos proporcionan un verdadero y perenne consuelo, que nadie nos puede arrebatarnos...

Décidme, vosotros, los que habeis permanecido siempre fieles á las enseñanzas, que seos han dado, como asimismo á las promesas que hicisteis á Dios, y á la Santísima Virgen el día de vuestra primera comunión, ya seais doncellas aun, ya esposas ó madres de familia, ¿ os pesa de haber sido buenas ? ¿ No os sentis dichosas de haber resistido á las tentaciones del vicio y de haber seguido las sanas inspiraciones de vuestra conciencia ? Llevais alta vuestra frente, hasta ante los hombres ; habeis conservado vuestra dignidad, y por lo tanto nadie tiene derecho de reprocharos lo mas mínimo !... ¿ No constituye ésto un consuelo y alegría incomparables ?... Pero, ay ! existen entre las compañeras, que habeis conocido, algunas que no se encuentran en tan plausible situación, y á las cuales los vanos placeres de este mundo, á que no han sabido resistir, están causando, ya aquí en la tierra, muchas y crueles amarguras.

Una palabra más, amados hermanos míos. Para probar si el oro es verdadero, se hace uso de la piedra llamada de toque. Si el oro es verdadero, esta piedra le da cierto brillo ; y si el metal es falso, lo empaña y descompone. ¿ Quereis saber cuales son las verdaderas alegrías ? Pues bien, la piedra de toque, ó sea la muerte, os enseñará á distinguir las !... ¡ Ah, antes lo decía, en este momento terrible é inevitable se nos muestran los placeres y alegrías del mundo vanos y deplorables, mientras que las consolaciones y dulzuras de la piedad nos encantan, tranquilizando

nuestras almas. Entonces, ¡ oh bondadoso Salvador, es cuando la tristeza de vuestros servidores se cambia en alegría, que nadie les puede robar.

PERORACIÓN. Tal vez, me digais, hermanos míos, que los que se entregan á los placeres del mundo pasan, mientras viven en la tierra, días venturosos. En efecto, les vemos correr presurosos á los teatros, bailes y demás espectáculos, donde rien embriagados de placer, entregando su alma á todas las pasiones. ! ¡ Ah, que no os engañe la apariencia !... ¡ No los creais tan felices ! Si pudieseis leer en el fondo de su corazón y escuchar sus tristes confidencias, veríais como esta aparente y loca alegría es indicio de una conciencia agitada, y de un alma á veces muy desconsolada !... Cantan, gozaa y se divierten ! Pero fijaos en esos dos viajeros, que caminan durante la noche por el campo : El uno sigue su camino tranquilo, intrépido, silencioso y sin temor ; las tinieblas de la noche no le asustan ; su corazón late como de ordinario, y anda como si estuviera en pleno día ; en cambio, el otro marcha asustado y tembloroso, estremeciéndose su corazón al menor ruido que oye ; y si por casualidad cae cualquier hoja de los árboles, ó vuela algun pájaro, se llena de pavor, creyendo tropezar con ladrones ó fantasmas. ¿ Qué es lo que hace este último ?... Se pone á cantar para tranquilizarse algo de su temor. Pero si lo escuchais bien, su voz está alterada por el miedo y denota, en cierto modo, la ansia, que le domina... Así les sucede á los que aman los placeres del mundo ; mientras que, por el contrario, el alma fiel permanece tranquila, porque nada teme. Aquellos cantan, gozan y se divierten locamente á fin de ahogar sus remordimientos y no escuchar el grito de su conciencia.

Vuestra propia experiencia, creo, confirma mis palabras.

¿ No es esto, en efecto, un verdadero cuadro de las alegrías mundanas ? Más si se anubla el horizonte, si los relámpagos cruzan las nubes, si retumba el trueno, y estalla el rayo, pronto una sensación de miedo recorre todo su ser. ¿ Y porqué pues ? ¡ Ah porque su conciencia está agitada. El cristiano, por el contrario, siente la paz en su alma ; la naturaleza podrá causarle una im-

presión que él no puede evitar, pero en el fondo de su alma conserva la tranquilidad y la calma. Está convencido que ese Dios, á quien ama, tendrá misericordia de él. Él no prueba los placeres de este mundo sino como el viagero que se contenta de admirar las flores que encuentra en el camino. Ama otras alegrías y consuelos más duraderos. Así pues, no teme tampoco la muerte, y no cabe duda, hermanos míos, que la muerte para nosotros cristianos, si hemos servido fielmente á Dios, es la puerta que nos abre la entrada en la bienaventuranza eterna. Amen.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, XVI, 5-15.)

**Enseñanzas saludables, que nos dan las adversidades.**

TEXTO. *Expedit vobis ut ego vadam.* Os conviene que me vaya.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelio de este día nos trasporta todavía al Jueves santo. Judas acababa de separarse de la compañía de los Apóstoles para ir á casa de los príncipes de los sacerdotes, con objeto de percibir el precio de su traición y entregar á nuestro divino Salvador á los soldados que debían apoderarse de Él. Durante toda esta tarde las palabras de Nuestro Señor Jesucristo habían sido impregnadas de una tristeza solemne... Eran como su postrer despido!... Los Apóstoles afligidos se miraban unos á otros en silencio, no atreviéndose á interrogarle!... Entonces queriendo Jesús al mismo tiempo consolarles é iluminarles, les dirigió estas palabras que san Juan nos ha transmitido, y las cuales acabamos de leer en el Evangelio de este día: « Voy Al que me envió, dijoles, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿ A donde vas? Antes porque os he hablado estas cosas, la tristeza ha henchido vuestro corazón. Empero yo os digo la verdad: Os

conviene que me vaya; porque si yo no me fuere, el Consolador no vendría á vosotros, mas si me fuere, os le enviaré; y cuando él venga, redarguirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. De pecado ciertamente, por cuanto no han creído en mí; y de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio por cuanto el príncipe de este mundo ya está juzgado. Aun tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no las podeis llevar. Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os enseñará toda verdad, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas, que han de venir. Él me glorificará porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre, mio es, por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber. »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Quiero, hermanos míos, á propósito de este Evangelio demostraros la utilidad de las adversidades y aflicciones, que pueden sobreveniros mientras estamos en el mundo.

*Primero*: Éllas nos enseñan que la verdadera dicha no se encuentra en esta tierra; *segundo*: nos preparan para comprender mejor el valor de los bienes eternos.

*Primera parte.* Carísimos hermanos, el domingo último os hablaba ya de lo poco que valen las alegrías del mundo; es esto una verdad sobre la cual nunca es demasiado insistir... Colocados en el mundo solamente por breves días, quisiéramos vivir en él eternamente, tomando por lo tanto demasiado afecto á las cosas de esta tierra, como si estas fuesen nuestro último fin y hubiésemos sido criados para gozar de éllas... Y cuántas veces hasta los buenos tienen necesidad de decirse: « *Sursum corda*: arriba los corazones; para ir al cielo y gozar de la dicha del Paraiso, me ha criado Dios!... Pues bien, las penas, los sufrimientos, las tentaciones y aflicciones, ¿ no nos recuerdan del modo más elocuente esta importante verdad?... Los que sois padres habréis dicho muchas veces: « Nuestro hijo será nuestro consuelo, nuestro apoyo y sosten, y nos hará dichosos en nuestra vejez. » ¡ Ah, olvidais, que solo Dios es un apoyo fuerte y un sosten verda-